

Eue el cine de Almodóvar el que permitió que Luz mutara de rockera cheli en vocalista desgarrada y pasional a lo Chavela Vargas. Como la flor prometida (1995) ratificó su conversión en primera dama del pop estatal a ambos lados de los Pirineos, pero, al mismo tiempo, abocó a la cantante a un retiro del que acaba de regresar con su primer disco con material nuevo desde hace cuatro años. Un trabajo emotivo, de producción intachable y grabado en nueve estudios con una pléyade de músicos, arreglistas y compositores que lleva el expresivo título de *Un mar de confianza*. Finalizada su intensa gira de recitales por Francia y Alemania, Luz lo presentará en breve en el Kursaal donostiarra. De sus nuevas canciones, de su carrera, hablamos con esta artista tan «sencilla y campechana» como exigente y celosa de su intimidad

¿Qué tal ha ido la gira francesa?

Más que bien. He tenido la oportunidad de repasar mis canciones más populares coincidiendo con un disco de éxitos para el mercado francés. Era la primera vez que actuaba en sitios legendarios como el Olympia de París, el gran templo de la canción francesa, que acaba de ser remozado.

¿A qué se debe tu popularidad allí?

Racionalmente, no hay una explicación coherente. En el año 92 estaba el éxito de la película, pero siete años después... Supongo que he debido de caer en gracia. Han visto que cantaba en directo en televisión y quizás me ven como una cantante real, genuina... No deja de impresionarme esa aceptación tan grande, saber que hay 300.000 personas que han comprado mi disco en un país que no es el mío.

¿Por qué has tardado cuatro años en sacar un disco nuevo?

Puede que lo más fácil hubiera sido aprovechar el tirón de *Como la flor prometida*, porque el público estaba predispuesto, pero esa dinámica del mercado me da igual. Hubo un momento en que necesité descansar, alejarme de esa especie de popularidad tan amplia que te reclama en una medida que ya no tiene que ver con la música. No quería verme atrapada por el fenómeno o ese personaje que crea la fama. Eso no va con mi personalidad. Me gusta tener éxito, claro, pero no ir más allá. A veces necesitas tomar distancia y ser tú la observadora. No estar siempre como expuesta en un escaparate.

También pasas por ser muy reservada con tu vida privada

Es que me sonrío cuando veo, leo y es-



LUZ

TEXTO: JOSU OLARTE

cucho ciertas cosas a las que llegan algunas personas. Me pasa a mí y me voy a la aldea más perdida del mundo mundial. Mi carácter no va con eso. Yo no tengo que enseñarle mi ropa interior a nadie. Muestro lo mejor de mí en mis canciones. Lo más interesante está en lo que hago. Además, es muy fastidioso tener que ser maravillosa y ocurrente todo el tiempo. **¿Estás tan segura de ti misma como el título del disco parece demostrar?**

Sí, bastante. Con el tiempo, he aprendido mucho de este negocio a todos los niveles. Como todo el mundo, sigo teniendo mis dudas existenciales, pero he ganado en seguridad e intuición para saber cuándo una canción merece la pena.

¿Te molesta que se atribuya a Almodóvar el paso de la Luz rockera a la cantante madura y pasional?

Sí, porque es mentira. Mi experiencia con Pedro fue grata a todos los niveles, pero no he vuelto a grabar otro *Piensa en mí*. De existir ese cambio, sería un proceso natural en mi persona y en mi vida. Después de aquello, cualquier otro artista hubiera grabado veinte discos de boleros. Pero he cantando canciones de todo tipo. Me molesta que la gente sea tan simple con relación a mí. Lo que me importa es que mis canciones gusten. No admito que me cuestionen de una manera mezquina, porque tengo pruebas clarísimas de que no he caído en tentaciones comprensibles. No estoy en la música para vender más discos que nadie. Fíjate qué fácil hubiera sido seguir grabando en Francia

canciones como las que hice con Pedro, que aún siguen siendo importantes...

Tu primer disco salió en el 82. ¿Sueles mirar atrás? ¿Eres nostálgica?

No, y eso que la melancolía parece un estado casi asociado al hecho de ser gallego. Yo me veo como la consecuencia de todo lo que he pasado. A lo mejor algún día se me caen los años encima, pero, por ahora, lo llevo bien.

¿Recuerdas cómo llegaste a Madrid?

No lo olvidaré nunca porque, además, me hace tener ciertas precauciones. Llegué con 16 años, más sola que la una y rodeada de tiburones. Hice de todo hasta que Juan Pardo me ofreció mi primer trabajo serio y bien remunerado. Comencé de corista, pero después me dio la oportunidad de cantar en solitario. Fue el comienzo de un aprendizaje que aún no ha acabado.

¿Vas a salir de gira pronto?

Sí, quizás a finales de este mes. No queremos dejar pasar mucho tiempo. Habrá canciones viejas, pero estará todo más enfocado al disco nuevo. Luego, en el 2000, iremos a América.



JESÚS LLORENTE

DRAMATIZARLO

Tras la Muerte de Dios, la Muerte de la Novela y la Muerte de Chanquete, uno de los espectáculos más estremecedores de finales de siglo ha sido la Muerte del Amor. El amor podía hacer que una mujer corriese hasta alcanzar un autobús. O sepultar a un hombre bajo el peso de las sábanas. Pero también podía cavar tumbas, agitar banderas, acabar con reinos, mandar a la persona más cándida a un infierno con su fuego y con su humo y con su olor a carne quemada. Somos muchos los que hemos puesto nuestros corazones en doble fila por conseguir que alguien nos quiera. Y nos hemos arrastrado, humillado, flagelado, convertido en el hazmerreír de propios y, sobre todo, de extraños.

Pero, desde hace tiempo, algo se ha infiltrado en nuestras vidas como esos gases que acaban con familias enteras mientras duermen: la falta de amor, la Muerte del Amor (también del amor con minúsculas), la aniquilación total de una gama de sensaciones que iba del asombro a los celos, pasando por los cosquilleos en la boca del estómago o los sudores fríos. No queda amor bajo este cielo inmenso de nubes corredizas, y lo sabemos. Y sin embargo, lo que no hemos perdido ha sido el drama; o mejor dicho, la capacidad de dramatizarlo todo.

Después de un trabajo de campo, de encuestas a pie de obra y

de una vigilancia intensiva a amigos, conocidos y saludados, tengo que decir que pertenezco a una generación (los que tienen entre 24 y 29 años) con tendencia a romperse en diez mil pedazos cada vez que una relación termina. Incapaces de analizar con frialdad por qué nos hemos convertido en adictos a sus besos, a sus caricias, a sus manías y a esa canción que inocentemente llamamos «nuestra canción», nos abandonamos a la contemplación del vacío. No volveré a enamorarme nunca más. Jamás me mostraré vulnerable. Nunca más me acostaré con nadie. Seguro que algún día me reiré de esto, pero ahora ME MUERO.

Y mientras hacemos esos buenos propósitos, escupimos bilis, lloramos en público, hacemos de las reuniones de amigos unas sangrantes comunas emocionales, creemos habernos muerto interiormente, nos hacemos *piercings* pero por dentro, nos odiamos y quisiéramos desaparecer. Hasta escribimos columnas. ¡Qué error tan grande y tan generalizado! ¡Qué manía en recrearnos en nuestro propio dolor! Cómo nos ayudaría pensar que la vida comienza ahí, precisamente ahí, que eso que te parece un precipicio es, en realidad, un trampolín, que Ella (o Él) —la/el que te ha echado a perder— ahora se lo pierde. Que eres más rico, más sabio, más culto (algún libro suyo habrás *tomado prestado*) y más experimentado, más capaz de vivir ahora que el Amor ha muerto, ahora que nos hemos dado cuenta y ya no somos la excepción.

EN CONTRA